

CUARENTA AÑOS DE HISTORIA

Eduardo José Míguez¹

En el icónico año 2000, se cumplían quince años de la publicación del *Anuario*. La presentación del número se dedicó a festejar la ocasión. Decíamos en aquel momento que en la fiesta de quince el primer vals era para el padre, y esa función sin duda cabía a Juan Carlos Garavaglia, numen de su creación. No volveré sobre la historia ya recordada del esfuerzo artesanal de aquellas primeras ediciones. Lo significativo es que, si nos faltaba profesionalidad como editores, sobraba vocación por nuestra profesión de historiadores. Y ello se refleja en la amplia recepción de aquellos primeros números que, aunque (por suerte, en mi opinión personal) no fuera medido entonces por un “índice de impacto”, se tradujo en que varios de los trabajos publicados en esos momentos tuvieran mucha influencia en la historiografía por un considerable tiempo.

En esto tratábamos de seguir el camino del que sin duda fue un modelo influyente en la revista, aquel famoso *Anuario* de la Escuela de Historia de Rosario de los tempranos sesenta, en el que participaron nombres como José Carlos Chiaramonte, Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Tulio Halperin, Reyna Pastor, Nicolás Sánchez Albornoz y varios otros, que lamentablemente, por circunstancias políticas, solo pudo publicar unos pocos números.

Nuestro *Anuario* tuvo la suerte de nacer en una etapa que, aunque llena de crisis y conmociones, mantuvo la continuidad institucional democrática y, en consecuencia, la autonomía de las universidades. Este contexto nos ha permitido poder festejar ahora cuarenta números de nuestra revista. La duración tiene una nota inevitable; ya no están con nosotros algunos de los que contribuyeron de manera crucial a su creación: Juan Carlos Grosso, Daniel Santamaría, Juan Carlos Garavaglia, Raúl Mandrini, Norberto Álvarez. Su partida, claro, nos causó tristeza, pero más que ese sentimiento, domina la satisfacción de poder haber trabajado con ellos en la construcción de un proyecto académico que ha instaurado su continuidad como una referencia en el mundo historiográfico argentino y latinoamericano.

Junto a los que han integrado nuestro equipo, hay un conjunto de historiadores “amigos de la revista”, cuyo apoyo y colaboración ha sido fundamental. José Carlos Chiaramonte, Jorge Gelman, Raúl Fradkin son esos nombres obvios, que respaldaron fuertemente la creación del *Anuario* y siempre continuaron apoyándolo. El hecho de que Jorge y José Carlos ya no estén me recuerda la dedicatoria del artículo de Fradkin:

¹ Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina.

“la seguimos”. También Carlos Mayo y Enrique Tandeter fueron animadores de la revista, y desde más lejos Susan Socolow, Carlos Marichal, Mario Cerutti y François-Xavier Guerra colaboraron con nosotros de diversas maneras. No puedo continuar con la lista, a sabiendas de que estoy cometiendo muchas injusticias, porque sería demasiado larga. Pero el reconocimiento por su sostén está claro en las páginas del *Anuario*, y en la memoria de nuestro Instituto. Por lo demás, la construcción de toda ciencia es una tarea colectiva; y si esta publicación está dedicada a expandir el saber histórico, no se podría llevar a cabo sin la permanente colaboración de nuestros colegas.

Me gustaría dedicar el resto de esta nota a lo que su título nos llama, una historia del *Anuario* a lo largo de sus cuarenta años de vida. Pero me temo que esa tarea es imposible, por muchas razones. En lo que hace a buena parte de los aspectos historiográficos, y algunos más propios de la trayectoria de la revista, destacados colegas nos brindan un panorama en esta misma sección. Por otro lado, una historia no puede basarse exclusivamente en la esquiva y engañosa memoria; hacerla requeriría un gran esfuerzo por rescatar fuentes y otras memorias, y el resultado excedería lo que aquí podemos publicar. Finalmente, una historia obligaría a tratar temas no siempre adecuados para un número celebratorio; temas, por lo demás, no tan lejanos como para dejar de despertar pasiones, pero ya no relevantes.

Renglones atrás decíamos que el esfuerzo por construir conocimiento histórico es siempre colectivo. Pero a la vez, no hay duda de que la labor individual juega un papel importante. Ya destacamos el rol fundamental de Juanca, o Gara, como llamábamos cariñosamente a Garavaglia, en la creación de la revista. Aquí quisiera llamar la atención sobre el esfuerzo de los directores, en consulta permanente con el Consejo Editorial, que se reunía en el IEHS regularmente seis o siete veces al año. En aquel período, la comunidad de historiadores argentina, y nuestros contactos con los especialistas en el área de otros países, eran relativamente pequeños. Y antes de que el “*publish or perish*” se hiciera la norma en nuestro medio (me temo que en desmedro de la madurez de lo que se publica), reunir anualmente un conjunto valioso de trabajos destacados no era algo que se hiciera solo. En realidad, cada uno de los directores, apoyados en el comité, debía “hacer” el número: pensar temas que pudieran reunir un conjunto más o menos coherente de trabajos, contactar a los autores para que nos los enviaran – aquí siempre contábamos con la ayuda de los “amigos” de la revista –, recibir los artículos y revisarlos primero en el comité para ver si estaban en condiciones de ser remitidos a evaluadores –recuerdo que alguna vez se nos “filtró” alguno, dando lugar a una airada queja de un evaluador– y finalmente, si resultaban adecuados, sopesar si convenía incluirlos en alguna sección especial –con el consentimiento del autor– o si debían estar simplemente en una sección de “Artículos” recibidos.

Consecuencia de esta forma de trabajar debía indudablemente ser que las diferentes etapas de dirección del *Anuario* tuvieran un correlato con algunos de los temas que en él se trataban; sin excluir la variedad, las preocupaciones de los directores en cada momento se hacen visibles. En la etapa fundacional, el “mundo rural”, en una de-

finición amplia y extendida en el tiempo, ocupó un lugar central, como señalan otros autores de esta sección. No hace falta aludir a la icónica “polémica sobre el gaucho”, también recordada por otros, y presente durante mucho tiempo en los programas de historia argentina de muchas universidades. En esos números se hacen visibles las colaboraciones de Raúl Mandrini, y su rol crucial para poner a las parcialidades de las pampas y Patagonia dentro de la historia argentino-chilena, y la renovación historiográfica a la que nos impulsaba Zacarías Moutoukias. Pero también un esfuerzo por descentrar la historia desde Buenos Aires, buscando la colaboración de historiadoras e historiadores que estudiaban otras provincias o regiones. Desde luego, como se dice en otros trabajos, la renovación de la historia política, en la que participaban varios miembros del Instituto, acompañaba regularmente este esfuerzo. Porque un rasgo típico del *Anuario* fue que, más allá de las preocupaciones del director, toda la labor del Instituto estaba allí presente, en trabajos de nuestro equipo y en las colaboraciones externas vinculadas a los temas de cada grupo de investigación. Fue cualidad de la dirección de Juan Carlos Grosso la búsqueda de ampliar la presencia de otros países de la región, ya presente en la etapa de Gara. Fue especial, en este sentido, el vínculo con México, reforzado por la visita de Mario Cerutti a nuestro Instituto. Hubo destacada colaboración de Carlos Marichal y Antonio Ibarra, y la sección sobre demografía en América Latina, que compilamos con Norberto Álvarez, reflejando uno de los núcleos fundadores del IEHS, fue en parte posible por la ayuda de Mario. Otra peculiaridad de la revista es que, una vez que los temas eran subrayados por una dirección, se continuaban proyectando bajo las siguientes. Esto se observa en la recordada sección que volvía sobre el mundo rural, compilada por el inseparable trío de Fradkin, Gara y Gelman.

Otro esfuerzo permanente fue “desprovincializar” la historiografía argentina, que había sufrido un relativo aislamiento desde la intervención de 1966 a las universidades hasta la vuelta a la democracia. En este sentido, el ingreso (tardío por cierto) de la historia de género en la Argentina aparece ya en el primer número con el trabajo de Susana Bianchi sobre el voto femenino y en el cuarto número con un artículo de Francine Masiello, y una muy interesante sección sobre “Historia y Género” en el siguiente. Más tarde, a través de una provocativa nota de otro de nuestros visitantes, Jean Piel, que había sido su conferencia en las “IV Jornadas de historia de las mujeres y estudios de género” que tuvieron lugar en Tucumán, se retomó el tema. El inteligente e ilustrado artículo planteaba un problema en torno al tema “historia de las mujeres”, pero en realidad sus reparos perdían algo de fuerza si se los piensa en relación a la historia de género. La dirección de Susana Bianchi no implicó un cambio de rumbo en la revista, porque en realidad sus temas, la historia del peronismo, la renovación de los estudios sobre religión en Argentina –Susana participaba en Buenos Aires en un grupo *ad hoc*– y la perspectiva de género, habían sido introducidos, en buena medida, por su propia labor, en números anteriores.

Ya bajo mi dirección, inevitablemente, busqué reflejar la pervivencia de la historia económica y el impulso a la cuantificación. Al pedirme esta nota, la actual directora

del *Anuario*, Yolanda de Paz Trueba, me señaló que faltaba en esta sección una evaluación específica de la historia económica. No me es posible, sin embargo, enfrascarme en esa interesante tarea, ya que no podía dejar de pensar en los cuarenta años (me asusta el número) que llevo ligado a este emprendimiento. Incluiré, no obstante, hacia el final alguna reflexión sobre el tema.

Antes debo marcar un hito fundamental. Con la llegada a la dirección de Andrea Reguera se instalaba una nueva generación, formada en Tandil y en Francia, fruto del esfuerzo que hacíamos para que nuestros graduados con vocación de investigación tuvieran la oportunidad de conocer un mundo más amplio; en este caso, por el esfuerzo de Zacarías Moutoukias por conseguir unas becas de doctorado en ese país.

El nuevo siglo también puede asociarse a otro cambio. La creciente llegada de material espontáneo y el paulatino establecimiento en Argentina de los criterios, buenos y malos en mi opinión, que fueron rigiendo crecientemente la vida académica del país. La revista comenzó a reflejar menos el trabajo del IEHS, ya que nuestros investigadores respondían al mandato de variar el destino de sus trabajos, y la obligación de hacer lo propio con el origen de sus autores. No por ello “hacer la revista” fue más sencillo; en ese momento con la permanente obligación de cumplir con los conocidos requisitos actuales de las publicaciones académicas, como la indexación, El referato, como se señaló, se habían implementado desde el comienzo, aunque fue necesario hacerlo universal; hasta entonces, cuando solicitábamos colaboraciones de reconocidos historiadores, adoptábamos el criterio, que aún comparto, de que si uno se llama José Carlos Chiaramonte o Tulio Halperin Donghi es sin duda el único responsable de lo que escribe.

La etapa final de mi dirección, y la de Andrea, se caracterizó por la creciente variedad de artículos que recibíamos, pero que seguimos tratando de agrupar en secciones, aunque algunos con títulos vagos para poder incluir trabajos diversos, como “Problemas de historia argentina” (nº 20). También continuó la tarea de buscar *dossiers*, que adelantaran el desarrollo de cierta temática. A riesgo de ser autorreferencial, traigo aquí un ejemplo. Invitado por mi amigo Jorge Gelman a comentar una serie de ponencias presentadas en una reunión de la Red de Estudios Rurales en 2003, en el Instituto Ravignani, tuve la suerte de leer excelentes trabajos sobre la relación de guerra y orden social; mi único mérito consistió en que ellos aceptaran transformar sus ponencias en artículos para un *dossier* en el *Anuario*, que Andrea y el comité editorial recibieron entusiastas. Aproveché la oportunidad para hacer una introducción, en que podía expresar algunas opiniones sobre el tema (no necesariamente compartidas por los autores, Gabriel Di Meglio, Fabián Herrero, Fradkin, Silvia Ratto y Gara). Para mi sorpresa, en una reunión reciente, un especialista en estudios sociales de la guerra, Germán Soprano, destacaba el papel de ese *dossier* en el desarrollo de este campo relativamente nuevo en Argentina.

El regreso de un “viejo”, Raúl Mandrini, próximo a la jubilación, a la dirección (nº 21, 2006), ineludiblemente dio fuerza a los estudios sobre pueblos nativo-americanos, pero los rasgos de la revista ya estaban definidos, y Raúl supo mantener el equilibrio que buscábamos entre hacer la revista al viejo y al nuevo estilo. Inevitablemente, las

nuevas generaciones estaban llamadas a continuar; y el meticuloso trabajo de Hernán Otero, del “Tano” Ricardo Pasolini y de Olga Echeverría mantuvo en alto los estándares académicos de la revista y la combinación del esfuerzo por publicar secciones renovadoras con buenos artículos espontáneos. Lo mismo ha hecho la dirección posterior, todos en un contexto en el que la labor se hacía crecientemente burocrática para adaptarse a las normas que presionaban cada vez más –la publicación de dos números por volumen respondió a estas reglas–, pero ellos se esforzaban porque no dejara de ser también académica. La novedad de la dirección de Yolanda es que una nueva generación, la de los “nietos” (ella se formó, en buena medida, con el apoyo de Lucía Lionetti, que aún era alumna cuando se iniciaba la renovación del departamento de historia de Tandil, y Susana Bianchi fue quien primero la orientó en su formación profesional) ya se hacía cargo de la publicación.

Va siendo hora de cerrar esta nota, y según lo antedicho, haré un breve repaso del lugar de la historia económica en la revista, aunque por razones de espacio, me limitaré a una revisión casi exclusivamente descriptiva. Como bien señala Sandra Gayol, la afirmación de Gara, de que ya habíamos hecho demasiado historia económica, y era hora de ampliar el espectro de preocupaciones, expresaba más una intención que algo que de inmediato se concretaría en las páginas de la revista. De hecho, la sección de “Historia del mundo rural” de aquel número contenía artículos en los que la economía era el centro de preocupación, y otros artículos de ese volumen también trataban de economía. Esto era inevitable, ya que la generación de historiadores formados en los sesenta y tempranos setenta nos habíamos criado en la convicción de que la economía debía ser el centro de la preocupación histórica. A dejar atrás esa idea era a lo que nos invitaba el primer director del *Anuario* en la presentación del primer número.

En realidad, lo que venía predominando en ese entonces era una suerte de historia socioeconómica. Dejados atrás por la mayoría los esquemas más rígidos del marxismo, predominaba una historia que podríamos vincular a la escuela de *Annales*, en la que, sin descuidar las líneas generales de la teoría económica –incluyendo la marxista–, se buscaba una historia menos formalizada en la economía y menos cliométrica de la que ya se practicaba en el mundo anglosajón. Una preocupación sobre la economía dentro de su contexto social. Esta perspectiva historiográfica siguió presente en las primeras etapas de la revista, en las que, además de la economía rural, reiterada una y otra vez, los circuitos mercantiles y la economía de frontera estaban entre los principales centros de interés. Sin embargo, siguiendo la idea de Juan Carlos del primer editorial, compartida por buena parte de aquella generación, otros temas comenzaron a ocupar con más frecuencia las páginas de la revista, y la economía solo hacía alguna aparición ocasional.

Dentro de este tono, resalta la nota de Donald (Deirdre) McKlosky sobre el premio nobel de economía otorgado el año anterior a Robert Fogel y Douglass North, que publicamos en el noveno número gracias a la iniciativa de Alejandra Irigoin; una primera aproximación a la nueva historia económica. En rigor, esta nunca ocupó un lugar significativo en la revista, seguramente porque era más atractiva para los economistas

que para los historiadores. Sin embargo, como ya acoté, mi paso por la dirección se asoció a una ampliación de temas, a una historia económica un tanto renovada, que ya comenzaba a practicarse en la Argentina, como lo muestra la sección sobre el tema en el primer número a mi cargo, el decimotercero. En esta etapa, nuevamente gracias al aporte de Alejandra Irigoin, se publicó una sección sobre estudios de historia económica neoinstitucional, además de otra sobre estadística, y una sobre economías regionales. Desde entonces, la historia económica sigue haciendo apariciones ocasionales en la revista, y un área muy dinámica en el país, que ha aparecido varias veces con los aportes, entre otros, de María Inés Barbero y nuestra doctorada, Andrea Lluch, es la historia de empresas, sobre la que resalta la sección sobre fracasos empresariales que la última, junto a Norma Lanciotti, presentaron en el número 25.

Los cambios del contexto general de la vida académica argentina fueron inevitablemente pesando cada vez más en el *Anuario*, y la sección “Artículos”, que aparecía solo ocasionalmente y con pocos trabajos en la etapa anterior, fue cobrando fuerza en este siglo. Sin embargo, las direcciones nunca renunciaron a solicitar o recibir propuestas de *dossiers* temáticos, que en general ocupan un lugar en la revista, de mayor o menor consideración según el caso. Por otro lado, aunque nunca recuperó su lugar de eminencia en la historiografía del que gozó desde fines de los años cincuenta hasta los ochenta, la historia económica siguió practicándose con regularidad y profesionalismo en nuestro medio, por lo que entre los artículos que recibe el *Anuario*, temas económicos están siempre presentes. Y ocasionalmente, se publica algún *dossier* sobre el área, como la excelente compilación de trabajos sobre sistemas bancarios en América Latina, reunida por Andrés Regalsky y publicada en el segundo número del volumen 35, en 2020.

Es un gran mérito de las sucesivas generaciones de los integrantes del IEHS el hecho de haber podido sostener esta revista, en un contexto en el que, a partir de este siglo, buena parte de las universidades públicas muestra un creciente desinterés por la investigación y la publicación de resultados. El porcentaje de la financiación a I&D sobre el total del presupuesto universitario ha ido cayendo regularmente, lo que es agravado por una menor financiación al conjunto del sistema científico en esta coyuntura. Esto nos obligó a tomar, hace unos años, la dura decisión (al menos, para los que aún gozamos de sentarnos cómodamente a leer con un impreso entre las manos) de abandonar la impresión en papel, lo que, por otro lado, ocurrió con la mayoría de las revistas científicas en nuestro medio. Pero aquel espíritu voluntarista, dispuesto a hacer una revista de la nada que encabezó Juan Carlos Garavaglia en 1986, mantiene su influjo en los “jóvenes” (al menos, desde el punto de vista de los sobrevivientes de la generación fundadora; varios de ellos son mayores de lo que éramos nosotros al crear la revista) que continúan con su legado. Gracias a ellos, podemos contar la historia de cuarenta años de hacer lo que nos apasiona, Historia.